

---

# El lenguaje científico en un diccionario de lengua general: el caso del DRAE<sup>1</sup>

*Fernando Pardos*

Instituto de Lexicografía, RAE, Madrid (España)

---

sado, fijándose simplemente en el presente.

Como muchos de ustedes saben, mi formación es de científico, biólogo por más señas, y como tal ejerzo en la universidad; pero también soy lexicógrafo, desde hace ya bastantes años, en la Real Academia Española. Esta dualidad me permite enfrentarme al tema de estas jornadas desde una cierta posición de privilegio: por un lado contemplo las cosas como científico, pero con el conocimiento de causa que dan años de trabajo lexicográfico. Lo que no tengo muy claro es quién es Jekyll y quién Hyde.

Puesto que de lenguaje científico estamos hablando analicemos alguna de sus características. El hecho fundamental es que el lenguaje científico es hijo de la ciencia y de ella se nutre y depende. Por ello, y con las excepciones necesarias,

1. Designa objetos, conceptos y acciones muy precisas, desprovistas de ambigüedad, o casi.
2. Busca, en aras de la precisión, la correspondencia biunívoca entre significante y significado.
3. Tiende en lo posible, o debería tender, a la “internacionalidad”, o si se prefiere a la “universalidad”.

Sus primeros y primarios usuarios son científicos, cuya finalidad fundamental es difundir

---

<sup>1</sup> Comunicación presentada en las Jornadas sobre Lenguaje Científico y Lexicografía. Madrid, Asociación Española de Terminología, 20 y 21 de octubre del 2000.

unos conocimientos que no entienden de barreras geográficas, políticas o lingüísticas. Esta es una de las principales razones por las que la ciencia utiliza con profusión raíces clásicas grecolatinas en la formación y acuñación de términos. A ella se añaden las de imparcialidad, ya que nadie reivindica el latín o el griego clásico como propios y la relativamente sencilla traslación de los términos a las distintas lenguas, en gran parte románicas. Esto hace que la palabra “televisión” sea muy parecida en gran cantidad de lenguas.

El científico, con respecto a su lenguaje, sigue un proceder onomasiológico, del concepto al término. Es decir, primero inventa o descubre y luego pone nombre a lo inventado o descubierto. En cambio, el lexicógrafo procede a la inversa, semasiológicamente, o lo que es lo mismo, buscando el concepto que corresponde al término. Quizás radica aquí la diferencia fundamental de los puntos de vista de unos y otros a la hora de acercarse al diccionario y que han motivado en gran parte estas Jornadas. Y aprovecho para echar leña al fuego. “Onomasiológico” y “semasiológico” son dos lindos “palabros” que no tienen nada que envidiar en cuanto a nivel de especialización a ningún término científico. Personalmente me liberan de todos los complejos a la hora de decir “ciclopentanoperhidrofenantreno”. Y además están registrados en el DRAE ¡y sin marca de especialidad! lo que indica que forman parte del léxico habitual del hablante medio.

Mucho se ha dicho y escrito sobre la tipología de los diccionarios, desde muy diversos puntos de vista. Pero para los fines que nos reúnen hoy, podemos reducir esta tipología a dos grandes clases:

## 1. Diccionarios especializados o científicos

El autor, generalmente un científico especialista en la materia en cuestión, tiene libertad para hacer y deshacer in extenso sin más limitaciones que las establecidas por su editor. Los resultados son de lo más heterogéneo y variopinto y demasiado a menudo se traducen en prepoten-

---

cia, farragosidad, falta de concreción, incoherencia y definiciones ininteligibles incluso para iniciados. A ello se pueden unir graves carencias en cuanto a técnica lexicográfica, que en definitiva consiguen una obra heterogénea, inconexa y de muy limitada utilidad. Algunos ejemplos típicos de estas carencias son:

- Pobre o nula caracterización lingüística de las entradas: etimologías, marcas de uso, geográficas, de especialidad, indicaciones ortográficas y gramaticales, como la acentuación o la formación del plural, no siempre fáciles.
- Falta de criterio en la organización de los artículos, en lo concerniente a ordenación de las acepciones, inclusión de asociaciones léxicas, fraseología, etc.
- Definiciones impropias o lexicográficamente incorrectas, del estilo de “nombre que se da...”, “Término que se refiere a...”
- Utilización de hiperónimos gramaticalmente inapropiados: adjetivos para definir sustantivos y viceversa (por cierto, hiperónimo no figura en la última edición del DRAE, aunque lo hará en la próxima; en casa del herrero... buena sombra le cobija).
- Falta de homogeneidad en las definiciones de términos del mismo nivel y familia léxica.
- Sistemas de envíos y remisiones poco eficaces, con proliferación de círculos viciosos.

## 2.- Diccionarios generales

El otro gran grupo de diccionarios lo constituyen los llamados “de lengua general”. Su radio de acción es, evidentemente, más amplio, pero precisamente por eso, debería englobar, bien que parcialmente, campos léxicos “de especialidad”, porque es desde estos últimos desde donde rezuman en un goteo constante, términos nuevos que se incorporan a la lengua general. El lenguaje científico también es lengua, no solamente una jerga para iniciados.

- Los diccionarios de lengua general no deberían destinarse, como a veces se lee en sus prólogos, a un público lector con un determinado

nivel cultural, “personas con el grado de bachiller”, sino que debe servir a muy distintos tipos de lectores. Debe dar respuestas al químico, al filósofo, al estudiante de arquitectura, al maestro, al jurista... y al fontanero.

- A menudo, y vistos desde dentro, da la impresión de que el lingüista los convierte en su “coto privado”, y acaba, por deformación profesional, concibiendo el diccionario como un fin en sí mismo; y el fin supremo de todo diccionario es el de facilitar, de servir de intermediario en la transmisión de conocimientos que tienen origen y destino fuera del propio diccionario. A veces los árboles no dejan ver el bosque. Alguien dijo una vez que los diccionarios de lengua son eso, de lengua, pero no para, por, según... lingüistas.
- Y tampoco están los lingüistas a salvo de caer en los defectos que he señalado más arriba para los científicos. Para muestra, un botón del DRAE: la definición de “morfema”, término lingüístico donde los haya.

Todo esto lleva, si no se remedia, no a ver la paja en ojo ajeno, sino a una especie de “la viga de tu ojo es más grande que la mía”.

Y una vez que ya he puesto más o menos a caldo a científicos y lingüistas, permítanme una disquisición casi “teleológica”: ¿Quiénes son los destinatarios del lenguaje científico en un Diccionario de lengua general?

Por un lado un usuario medio no científico: este busca contenidos en un término que no conoce. Si se encuentra ante la palabra “paralelepípedo” y no sabe lo que es, lo que espera del diccionario es hacerse una idea semejante a una caja de cerillas. Y si quiere, sencillamente, saber en qué se distingue un ñandú de un casuario o el ADN del ARN, acude al diccionario para le saque de dudas. En este sentido no actúa de forma diferente ante el lenguaje científico que ante cualquier otra parcela del saber.

El otro tipo de “consultador” de un diccionario de lengua general es el científico: este no

busca contenidos; los contenidos ya se los sabe, y de no ser así, tiene otras fuentes más adecuadas donde encontrarlos. Un matemático no busca “hipotenusa” en el DRAE para saber qué es, sino para saber si se escribe con hache. Lo que persigue es resolver dudas o fijar normas. Normas de tipo ortográfico ¿la palabra *ión* lleva tilde?, gramatical ¿*estroma* es masculino o femenino? ¿cuál es el plural de *mamut*? ¿y el de *Newton*? de régimen preposicional ¿es correcto decir “el gen A codifica *para* la proteína B”?; en el caso del DRAE, un gran porcentaje de consultas por parte de los científicos está dirigido a las etimologías, bien por simple curiosidad o porque puede ser útil para acuñar un neologismo. Por cierto, que la adopción de dobles grafías del estilo *ión* con tilde, *ion* sin tilde, ambas validadas por la Academia y amparadas en la distribución geográfica del hiato, deja perplejo al científico, a quien, además de no resolverle la duda, se le hace cuesta arriba tener que pensar si lo que escribe se leerá en Asturias o en Colombia para poner o no la tilde.

Conviene recordar aquí que el DRAE, aunque sea “el” diccionario de referencia en todo el mundo hispánico, tiene rasgos que lo hacen especial:

- No es normativo, pero es aceptado tácitamente como norma en todo el mundo hispánico.
- No es homogéneo. El flujo de entrada y salida de palabras en el DRAE es muy irregular a lo largo de las sucesivas ediciones. Si nos ceñimos al vocabulario científico, probablemente encontraríamos una relación directa con la presencia mayor o menor de académicos científicos y con su peso específico en la corporación. Por ejemplo, cuando se incorpora Colmeiro, la Botánica se ve impulsada casi hasta sus niveles actuales, tanto en el número de entradas como en los rasgos de las definiciones. Otro tanto ocurrió con la química por obra de Carracido.
- Por último, y para no hacer más larga esta somera descripción, el DRAE responde a un sistema colegiado de toma de decisiones. Esto puede parecer muy democrático, y lo es, pero a veces puede dar como resultado que los artículos se

ven afectados por criterios extralxicográficos.

El trabajo lexicográfico sobre el léxico científico en el DRAE se centra sobre el leuario, los términos en sí, y sobre los contenidos de sus definiciones. A su vez, ambos presentan aspectos cuantitativos y cualitativos, lo que nos da un total de cuatro grandes temas sobre los que proponer decisiones, que no tomarlas.

¿Cuántos? ¿Cuál es la proporción de “términos científicos” en un diccionario de lengua general? Esta proporción, que yo no me atrevo a fijar, está en clara expansión simplemente como reflejo de la actividad de la sociedad: la ciencia toma cada vez más un papel preponderante en la vida cotidiana, y casi sin darnos cuenta. Su velocidad de penetración en nuestros actos más triviales, y por tanto en nuestro lenguaje, es altísima. A nadie le extraña o le resulta siquiera novedoso un horno microondas. Sin embargo hasta bastante después de la segunda guerra mundial, la tecnología de microondas era secreto militar y de estado. El velcro se desarrolló para los viajes espaciales y hoy todos llevamos encima un cierre de este tipo. La inmunidad humoral fue durante mucho tiempo terreno acotado de un reducido grupo de especialistas de alto nivel, y hoy hablamos de anticuerpos con una tranquilidad apabullante. Este no es un fenómeno aislado: a la vez que aumenta el caudal de términos científicos, disminuye el volumen de vocabulario relacionado con otras actividades humanas que van cayendo en desuso: la agricultura, la artesanía... En poco más de dos generaciones los niños han pasado de conocer por su nombre todos y cada uno de los nombres de los arreos de las caballerías a no haber visto un burro en su vida. Pero los bancos ya no funcionan sin ordenadores... y el Instituto de Lexicografía de la Real Academia, tampoco. Hay que considerar también aquí el equilibrio relativo entre distintas áreas científicas: es evidente que el vocabulario de malacología debe “abultar” menos que el de electrónica. En este sentido el DRAE está descompensado como consecuencia de su carácter de diccionario “de aluvión” que ya comenté anteriormente. Y esto no es exclusivo de las áreas científicas: temas como la cetrería, la navegación a vela o la germanía tienen un peso bruto que excede lo razonable.

---

Suponiendo que supiéramos cuántos, el siguiente problema es ¿cuáles? La inevitable *selección* es uno de los puntos más conflictivos y probablemente los únicos resultados positivos saldrán de una colaboración estrecha, bien avenida y presidida por el sentido común entre científicos y lexicógrafos. Si aquí dejamos solo al especialista probablemente cometa excesos. Pero yo sí sería partidario de un cierto y prudente sentido de la anticipación. Si un acontecimiento pone de “moda” cierto vocablo sería estupendo que ya estuviese en el diccionario. La Academia y el DRAE se hubieran ahorrado muchas críticas y ríos de tinta si el fletán hubiese estado a tiempo entre sus páginas. Antes del conflicto no se usaba... pero se comía por toneladas.

Además de esta selección, el lenguaje científico, por mor de la precisión a que me refería al principio, hace necesaria la adopción de criterios de *elección*. Elección entre variantes: ¿zigoto con “c” o con “z”? Aquí el peso debe llevarlo el lingüista, el científico probablemente aceptará su criterio, aunque en un caso como este, probable es casi seguro que opinará a favor de conservar la raíz etimológica.

El problema cuantitativo de los contenidos se resume en un qué. Uno de los principales ataques que reciben las definiciones científicas es su longitud excesiva y su enciclopedismo. Sin dejar de ser cierta esta tendencia, no lo es menos que los conceptos encerrados en las palabras científicas son a menudo descriptivos, y que el científico ni quiere ni puede dejar cabos sueltos. Existen unos típicos enunciados matemáticos en los que es recurrente la expresión de tipo “existe una y solo una x que cumple la condición y”. Ese “y solo una” no es tan superfluo como parece, y “meter la tijera” en una larga definición sin la supervisión del especialista de turno puede convertir la poda en una mutilación.

Otras veces, el deseable, en mi opinión, carácter pedagógico del diccionario aconseja dilatar la definición. Recientemente, la Comisión de

Vocabulario Técnico de la Academia prefirió no definir el adjetivo “acientífico” con un simple y escueto “no científico”, evidentemente correcto y aséptico, pero que probablemente no enseña al lector más que el propio término, y optó por “Que no tiene en cuenta los conceptos y métodos de la ciencia”. Otras veces se trata de tener piedad del lector y no obligarle a repetidas búsquedas. Para definir “antimicótico” parece mejor “Que combate las infecciones por hongos” que el árido “Contra la micosis”. En cualquier caso, el enciclopedismo y la farragosidad no es exclusivo de las definiciones “científicas”. En todas partes cuecen habas y si no, veamos la de papel que gasta el DRAE para definir la letra Y griega. Por cierto, hay algo en esta definición que no alcanzo a comprender, aunque probablemente exista una razón, pero no parece muy lógico que el 50 % de la definición trate sobre la pronunciación de la conjunción “y” que está en otro artículo!

El último problema, el cómo, es el problema de la coherencia. Se trata de evitar que la definición de gorila ocupe varias, muchas líneas del diccionario con información prescindible, todo un tratado de gorilería, mientras que el “coto-mono” es, simplemente un “mono aullador de cola prensil de América del Sur”. Un continente donde todos los monos tienen cola, la inmensa mayoría de las veces, esta es prensil y todos gritan de una u otra manera. No existen ungüentos amarillos, pero el asunto se puede aliviar con la adopción de plantillas temáticas cuya confección, complicada pero provechosa es uno de los mejores ejemplos de lo que he tratado de sugerir a lo largo de toda mi intervención: el trabajo conjunto de lexicógrafos y científicos, presididos por el sentido común, es la mejor garantía para que un diccionario de lengua general cubra con éxito la parcela del lenguaje científico. No quiero terminar sin alegrarme ante ustedes de que el interés por el lenguaje científico haya conseguido que científicos y lingüistas se sienten juntos, aunque solo sea para que yo les aburra.